

DE BUENAS LETRAS

La tercera vida de Giacomo Casanova

JOSÉ ANTONIO CORDÓN

De la Academia de Buenas Letras de Granada

La historia de la literatura europea está sembrada de resurrecciones tardías, pero pocas tan singulares como la de Giacomo Casanova, quien, al morir, dejó dispersas y sin publicar unas memorias cuyo destino parecía condenado al olvido.

Europa se agitaba en los estertores de una revolución que lo devoraba todo, y Napoleón Bonaparte, todavía un general taciturno y sagaz, preparaba el golpe del 18 de Brumario. En aquel torbellino histórico, nadie tenía tiempo —ni deseo— de recordar al errante seductor que había cruzado palacios, buhardillas y cárceles desde Sicilia hasta Rusia. Sus amigos habían caído bajo la guillotina o se consumían en las últimas sombras de la vejez. Las páginas que él legó vagaron durante veinte años, mudas y erráticas, casi como un equipaje abandonado en la estación del tiempo.

Así permanecieron hasta que un día Carlo Angiolini, su sobrino nieto, llamó a la puerta de la editorial Brockhaus, en Leipzig. Depositó el manuscrito sobre la mesa, y los editores, conscientes de la rareza del tesoro, ordenaron sin

titubeos su traducción. Casanova, entonces, resucitó por primera vez. Pero no volvió idéntico: los traductores habían mitigado los excesos, limado escándalos y cubierto con un velo de decoro los pasajes más incandescentes. Habían practicado una censura tan hábil que rozaba la artesanía. Allí donde el veneciano habría descrito un cuerpo con júbilo casi escultórico, ellos trazaron un pudor discreto. Era fácil imaginar que el propio Casanova, amante del ritual de vestir para desvestirse, habría celebrado semejante delicadeza.

La edición alcanzó un éxito inesperado, y pronto aparecieron escritos atribuidos al aventurero, dispersos como fragmentos de una constelación perdida. Los especialistas exigieron consultar el manuscrito original; sin embargo, Brockhaus lo sepultó en las quietud blindada de una caja fuerte. Durante ciento cuarenta años, el texto permaneció prisionero, ironía cristalina para un hombre que había escapado de tantas celdas en vida. Las protestas de eruditos y escritores se estrellaron contra un muro de silencio. Parecía que el fantasma de Casanova había perdido, al fin, su legendaria capacidad de fuga.

El misterio se resolvió el 23 de febrero de 1960, cuando los editores presentaron públicamente el manuscrito. Fue su segunda resurrección. Entonces se supo que las memorias habían sobrevivido a un incendio en 1943, ocultas en un sótano, salvadas por un ordenanza que las llevó en bicicleta, entre bombardeos, hasta un banco aún en pie. En 1945, un camión del ejército estadounidense las trasladó a Wiesbaden, atravesando ruinas y trincheras.

Casanova había vuelto a escapar, esta vez a través de su propia obra. Su vida y sus memorias, inseparables, persistían en la misma obstinada aventura: sobrevivir.